



**«Firmes, incommovibles,  
abundando siempre en la  
obra del Señor»**

Frank Binford HOLE

[biblicom.org](http://biblicom.org)



---

En muchos aspectos, hay una clara semejanza entre el estado de cosas que existía en Corinto y la asamblea corintia, tal como se describe en la Primera Epístola de Pablo, y el que prevalece hoy entre los cristianos y en los países occidentales y especialmente de habla inglesa.

Corinto era una ciudad de erudición, lujo y libertinaje, y la asamblea de esta ciudad estaba afectada por las tres cosas. El apóstol cuenta que cuando llegó entre ellos, se abstuvo deliberadamente de cualquier «excelencia de palabra o de sabiduría», porque conocía su tendencia a sobrevalorar el conocimiento humano. «Porque decidí no saber cosa alguna», dijo, «entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor. 2:2). Habló de «sabiduría» en otros lugares, «entre los perfectos» (1 Cor. 2:6), pero no lo hizo en Corinto. Un poco más adelante en la Epístola, les dice: «Ya estáis saciados; ya os enriquecisteis; ya reináis sin nosotros. Y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinemos con vosotros» (1 Cor. 4:8). Es evidente, pues, que poseían los bienes de este mundo en abundancia y los utilizaban en gran parte para su propia satisfacción. 1 Corintios 5, muestra hasta qué punto el libertinaje se había introducido entre ellos.

Viviendo, como lo hacemos, en países donde prevalecen condiciones similares, es muy probable que nos veamos afectados de la misma manera que los santos de Corinto, y no hay duda de que nos hemos visto afectados igualmente. El apóstol deja claro a los corintios que no podía dirigirse a ellos como espirituales, sino como carnales, aunque algunos de ellos fueran aprobados. Se refiere a los partidos que existían entre ellos, a la envidia y a las disputas que surgían de ellos, como prueba de su carácter carnal. Estas disputas se habían asociado incluso con la Cena del Señor y manchaban el carácter de esa santa ordenanza, como muestra 1 Corintios 11. ¿Dónde se han llevado más lejos las divisiones en la iglesia profesa que en los países occidentales y de habla inglesa? ¿Dónde ha habido más disputas sobre la Cena del Señor, que es en el verdadero sentido un símbolo de unidad?

Los santos de Corinto combinaban una cierta arrogancia intelectual (véase 1 Cor. 8:1-2) con una considerable inestabilidad intelectual y espiritual, y como resultado algunos de ellos se dejaron llevar hasta el punto de negar la resurrección de los muertos (véase 1 Cor. 15:12), sin darse cuenta de que con ello estaban destruyendo los fundamentos mismos de su fe. Les atraía una religión intelectual y especulativa, más que práctica; y una de las características necesarias de esta religión era el progreso o la novedad, y lo que parecía firmemente sostenido un año podía ser abandonado al siguiente a medida que se introducían nuevas ideas. Ahí también, nos tememos, los cristianos de los países occidentales y de habla inglesa también

---

han adquirido una notoriedad tan poco envidiable en los tiempos modernos.

¿No deberíamos, por tanto, prestar especial atención a la exhortación con la que Pablo termina su Primera Epístola a los Corintios? La menciona dos veces con palabras algo diferentes. Primero dice: «Por lo cual, amados hermanos míos, estad firmes, incommovibles, abundando en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor» (1 Cor. 15:58).

Y de nuevo: «Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, sed fuertes. Que todas vuestras cosas se hagan con amor» (1 Cor. 16:13-14).

La idea principal de estos dos pasajes es la de la estabilidad. Debemos ser firmes e incommovibles, y para ello debemos permanecer firmes en la fe. No puede haber estabilidad en el carácter cristiano a menos que nuestra fe esté profundamente arraigada, y para ello debemos estar bien instruidos en lo que es la fe: «nutrido en las palabras de la fe y de la buena doctrina» (1 Tim. 4:6), como dice el apóstol a Timoteo. Para llegar, debemos leer con diligencia la Palabra de Dios y darle el lugar de autoridad que le corresponde en nuestras almas. Es fatal acercarse a ella con cualquier confianza en nuestras propias capacidades intelectuales. Entonces comenzaremos a leer nuestros propios pensamientos en ella en lugar de extraer los de Dios, o nos sentiremos inclinados a pelearnos con ella y desafiar sus instrucciones, como hicieron los corintios. Parece haber casi un matiz de sarcasmo en las palabras del apóstol cuando escribe: «¿Acaso salió de vosotros la Palabra de Dios, o sois vosotros los únicos que la habéis recibido? Si alguno piensa ser profeta o espiritual, reconozca lo que os escribo, porque es mandamiento del Señor» (1 Cor. 14:36-37).

La verdad es que la Palabra de Dios ha venido a nosotros, nunca ha salido de nosotros. Nuestra función, por tanto, es recibirla humilde e implícitamente, y cuanto más espirituales seamos, más plenamente lo haremos.

¿Qué estabilidad se confiere al alma arraigada en la fe y cimentada en la Palabra de Dios! El creyente de mentalidad mundana es necesariamente inestable. Está más o menos a merced de las fuertes corrientes y contracorrientes de los pensamientos y de las opiniones humanas, pues hay modas que prevalecen en el mundo del pensamiento como en el de la vestimenta. No ocurre lo mismo con el creyente, cuya fe descansa en lo que con razón se ha llamado “la roca inexpugnable de las Sagradas Escrituras”.

Los versículos que preceden inmediatamente a las exhortaciones que estamos considerando son muy significativos. Leámoslos con atención. Después de establecer la

---

verdad de la resurrección ejemplificada por la resurrección de Cristo, el apóstol nos muestra que nosotros, que por naturaleza éramos meramente del orden del primer hombre, Adán, somos ahora del orden del segundo hombre, el postrer Adán, por su propia acción vivificadora, y que para nosotros la resurrección será la adopción de la imagen del hombre celestial. Entonces todo será completo, en lo que nos concierne, y en la inmortalidad e incorruptibilidad estaremos en toda la victoria que caracteriza a este mundo de resurrección. Pero la victoria es ya nuestra por la fe, puesto que este mundo de resurrección y su gloria resplandecen ya ante nosotros por la resurrección de Jesús.

«Por lo cual –dice el apóstol– estad firmes, inconvencibles» (1 Cor. 15:58), y lo estamos, porque Cristo resucitado y el mundo de gloria que está unido a él resplandecen ante nuestra fe: entonces llegamos a ser inconvencibles. Ante las obligaciones y las aflicciones, e incluso ante la intrusión de lobos en el rebaño, y la inminente quiebra de los pastores, el apóstol podía decir: «Ningún caso hago de mi vida, ni la tengo por valiosa» (Hec. 20:24). Fue este hombre quien pudo escribir el tercer capítulo de Filipenses como expresión de la experiencia de su propio corazón, lo que significa que Cristo resucitado en su mundo de gloria era el objeto de la fe de su alma.

Además, debemos ser «abundando en la obra del Señor siempre» (1 Cor. 15:58). El cristiano que, en lo que concierne la fe y el carácter, es el más inconvencible, será, en lo que concierne los intereses del Señor, el más disponible. No será errático, siguiendo un incierto curso en zigzag que marca el vuelo de una mariposa; más bien se moverá con la precisión profesional que marca el vuelo de una abeja.

Los corintios eran santos enriquecidos en conocimiento y palabra. Sabían muchas cosas y podían hablar bien y abundantemente de ellas (véase 1 Cor. 1:5). En su Segunda Epístola, Pablo menciona que abundaban en «palabra, en ciencia» (2 Cor. 8:7), pero es obvio que no abundaban igualmente en el humilde y laborioso servicio del trabajo. Hoy no es diferente.

Para un santo que realmente abunda en la obra del Señor, a menudo encontramos media docena que abundan en charlas o discusiones, o que saben cómo deben hacerse las cosas, sin hacerlas. Sin embargo, el mayor estímulo para trabajar diligentemente en el interés del Señor reside en el conocimiento de que nuestro «trabajo no es vano en el Señor» (1 Cor. 15:58). Puede parecer vano en lo que concierne al hombre y a su pequeño mundo, pero no es vano en el Señor y en el orden de cosas establecido en la resurrección.

La historia de la Iglesia y de cada uno de los siervos del Señor nos presenta una

---

serie de fracasos. No hay movimiento, por muy espiritual que haya sido en sus comienzos, que no se haya derrumbado o pervertido. No hay siervo que no haya fracasado, en mayor o menor medida, en su misión. Y al decir esto, no condenamos necesariamente al movimiento o al siervo. El apóstol Pablo es testigo de ello. Era el príncipe de los siervos fieles y, sin embargo, en su última epístola, escribe: «Se apartaron de mí todos los de Asia» (2 Tim. 1:15), y «Demas me ha abandonado... Solo Lucas está conmigo... Alejandro el calderero me ha mostrado mucha maldad... En mi primera defensa nadie estuvo de mi parte; todos me abandonaron» (2 Tim. 4:10-16). Así se le permitió vivir lo suficiente para ver cómo sus trabajos terminaban en lo que los hombres llamarían una amarga derrota; y así ha sido desde entonces, excepto que los siervos posteriores, menos eruditos y menos fieles, han sembrado ellos mismos las semillas de la derrota en defectos inherentes a su propio trabajo. Un Lutero, por ejemplo, contribuyó a una gran liberación para muchos santos al liberarlos de la dominación del sistema papal, pero solo para reducirlos a la esclavitud al someterlos al Estado, lo cual no está de acuerdo con las Escrituras.

Sin embargo, la obra de Pablo no fue en vano. Tampoco fue en vano el trabajo de Lutero, en la medida en que fue hecha «en el Señor». Lo mismo puede decirse de nuestro trabajo hoy, sujeto a la misma observación. Ninguna parte de la obra del Señor hecha por cualquiera de nosotros en el Señor será hallada estéril o vana el día en que entremos en el mundo de la resurrección con todos los santos. Jeremías, elegido por Dios para ser su testigo en los últimos días de decadencia en la historia de Judá, tuvo una experiencia de lo más desgarradora cuando el desastre y el fracaso se sucedían. Ninguna de sus palabras parecía prosperar, pero el día venidero revelará que la Palabra de Dios puesta en sus labios prosperó en aquello para lo que el Señor la envió (véase Is. 55:11), y descubrirá que su trabajo no fue en vano. ¡Y entonces verá qué estabilidad y qué solidez lo han marcado! ¿Qué otro siervo de Dios en el Antiguo Testamento fue hecho «ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra»? (Jer. 1:18).

Vivimos en los últimos días de la historia de la Iglesia en la tierra, y los tiempos son difíciles, pero tenemos fuentes de aliento mucho más abundantes que las que tuvo Jeremías. El mundo de la resurrección no estaba al alcance de su fe como lo está de la nuestra. La victoria mediante nuestro Señor Jesucristo nos es dada como nunca le fue dada a él. Bien podemos velar y comportarnos como hombres en este día. Los santos de Corinto se entregaban con demasiada frecuencia como niños, jugando con los dones espirituales que se les habían confiado como si fueran juguetes nuevos y

---

utilizándolos para presumir, mientras que a menudo se peleaban entre ellos. Las mismas tendencias se encuentran en nuestros corazones. Guardémonos de ellas y seamos verdaderamente “hombres” –hombres de fe para quienes el mundo de la resurrección es más real que el pobre mundo pasajero– y no sacrifiquemos el amor al hacerlo.

La palabra apostólica «Que todas vuestras cosas se hagan con amor» (1 Cor. 16:14) sigue directamente a la palabra «portaos varonilmente». El hombre fuerte del mundo tiende a llevar su firmeza y su fuerza hasta la brutalidad. Si nos comportamos como hombres espirituales y nos caracterizamos por la fortaleza espiritual, actuaremos siempre en el amor y nos caracterizaremos por la gracia que engendra el amor. No hay excepción a esta regla, pues todo lo que hacemos debe hacerse en el amor. No somos más libres para sacrificar el amor a la exhibición de fuerza en los asuntos eclesiásticos que en nuestros asuntos ordinarios y privados. Así lo demuestra la propia Epístola, pues entre las cosas que deben hacerse con amor está incluso el poner fuera de comunión a un hermano descarriado, como se dice en 1 Corintios 5. De hecho, si se nos permite la comparación, somos menos libres en este ámbito, pues en los asuntos eclesiásticos actuamos, al menos en apariencia, en nombre del Señor, es decir, como sus representantes.